

a mayor dignidad, mayor responsabilidad

NOTAS SOBRE DEONTOLOGIA PROFESIONAL

En un artículo anterior titulado "Notas sobre deontología profesional" insistí en la *dimensión comunitaria* de toda actividad profesional. De esta dimensión ineludible—y no tan sólo de una imposición de carácter religioso trascendente—se derivan una larga serie de altísimas obligaciones a las que debe atender todo el que ejerce una profesión.

"El influjo de un ser humano sobre los demás—escribí en ese trabajo—es mucho más amplio y decisivo, en intensidad y calidad, de lo que podríamos sospechar en un primer momento." A la altura de progreso en que nos hallamos es fácil ganar perspectiva y ver en bloque—o, cuando menos, adivinar—la multitud de implicaciones que ofrece nuestra actividad profesional, y esta amplitud de visión se traduce en una grave exigencia que no podemos por causa alguna desatender." "Una de las tareas esenciales del Humanismo actual—no tan sólo, insisto, de la práctica religiosa—radica justamente en poner en forma el sexto sentido de la responsabilidad social de los profesionales, sobre todo de aquellos que ocupan los escalones más altos de la consideración pública."

En ese artículo expuse el tema de la responsabilidad social del arquitecto en el orden más bien de las ideas, por razón del influjo que cada individuo ejerce en la formación del clima intelectual en que se mueven los hombres. Hoy quisiera subrayar la responsabilidad del profesional—y, concretamente, del arquitecto—en la formación de la *atmósfera espiritual* que envuelve y hace posible el desarrollo de la vida humana.

Por *espiritual* se entiende aquí todo aquello que afecta de modo directo al espíritu humano y a su normal e integral desarrollo. El término "espiritual" desborda al de "intelectual" porque implica las nada accidentales vertientes de la *decisión voluntaria*, el *sentido del deber moral*, el *gusto estético*, el *sentimiento de trascendencia*, etc. ¿Puede ejercer algún influjo sobre estos aspectos del ser humano la actividad del arquitecto, y en qué medida? Tan sólo unas breves indicaciones para centrar este importante tema y sugerir a los lectores varios puntos dignos de reflexión.

La experiencia nos advierte inequívocamente que el hombre de posición elevada ejerce un influjo singular sobre aquellos que le son inferiores en la escala social. Tácita o expresamente, sin pretenderlo o de propósito, el que ocupa un puesto dirigente en la sociedad se constituye por lo mismo en ejemplo vivo de un modo de conducta que, debido a la magia de la distancia que funda la superioridad, se convierte en una instancia *modélica*. El "ejemplo" se trasmuta, así, en "ejemplar". La existencia de los hombres que la sociedad juzga superiores funda *norma*, y este valor normativo que asume—quírase o no—el obrar de ciertos hombres confiere a su vida y conducta un carácter de extrema gravedad que hoy más que nunca debe llevarnos a profunda meditación.

El hombre cabalmente formado tiene una idea clara de la distancia que media entre la vida privada de un individuo concreto y la escala de valores morales a que debe ser aquélla acordada. Pero los hombres de formación humilde, e incluso lo que podríamos llamar las clases medias de la cultura carecen muy a menudo de la energía espiritual necesaria para desvincular la *norma* en sí de su *encarnación concreta* en la existencia humana. De esta forma se corre el grave riesgo de que los hombres que ostentan el *poder* en muchos aspectos—el económico, el político, el cultural, etc.—se conviertan, muy en contra a veces de su voluntad particular, en auténticos *paradigmas*, modelos de conducta, encarnaciones vivientes de la escala humana de valores.

La Historia nos advierte que las sociedades se montan sobre entramados de "*creencias*"—en el sentido orteguiano—, de criterios más o menos inconscientes e irreflexivos que el pueblo adopta y acepta a través del *conjuro* que ejerce sobre su espíritu maleable el ejemplo de los más dotados, o, al menos, de los más sobresalientes.

Si leemos la Historia entre líneas nos sobrecogerá advertir que la violencia de muchas revoluciones—si no de todas—no fué sino la versión cruenta de la violencia incruenta—pero no menos dolorosa—que latía desde siglos atrás en los principios de acción de las clases dirigentes.

Un gran conocedor del hombre, Johann Wolfgang von Goethe, solía afirmar agudamente que no en vano se camina bajo palmas. *La dignidad se paga entre los hombres al precio de una responsabilidad correspondiente.*

El arquitecto ocupa en nuestra sociedad un puesto de distinción. Sería a todas luces injusto que no considerase como un grave deber lograr una medida proporcional de *ejemplaridad*, pues no son tan sólo edificios lo que debe el hombre construir, sino todo un mundo auténticamente humano. No se olvide que del verbo "edificar" se deriva el adjetivo "edificante", que alude a una *modélica* justeza de conducta, a una búsqueda de la armonía en el obrar. El hombre ejemplar edifica un mundo ordenado, un cosmos. Por el contrario, el profesional que produce cosas, pero no las integra en un cosmos ordenado y con sentido contribuye a sembrar entre los hombres la *escisión* y el caos.

En el mundo actual hay una desproporción muy grave entre la capacidad de desempeñar altos cargos y la voluntad de elevar la propia conducta a la dignidad que implica tal función rectora. Nada ilógico que las masas, faltas de norte, no vean en el poder sino su vertiente más hostilmente odiosa y carguen su espíritu de sentimientos elementales de resentimiento, sospecha y abierto odio.

Nunca como hoy, en este mundo propicio a la violencia a escala planetaria, urge evitar la ruptura entre la técnica y la moral, entre el hombre espectacularmente perfecto en el campo del saber téc-

nico y poco escrupuloso, desgarrado o abiertamente violento en el aspecto moral.

Tal vez aquí convenga ahondar en el verdadero sentido de la palabra "profesión", y confrontarlo con el de "vocación", al que está, sin duda, más vinculado de lo que a menudo se piensa. En efecto, el que se siente llamado (vocación viene de *vocare*, llamar) por algo hace profesión de aquello que le hace sentir su llamada. Una profesión supera, por tanto, el mero hacer técnico del oficio, es algo que cualifica, califica y compromete, en cuanto sitúa al hombre ante el mundo desde una vertiente determinada. La llamada que experimenta todo el que abraza una profesión es una apelación a la grave tarea de hacerse plenamente hombre a través de un determinado quehacer, y ser hombre cabal es participar en la faena común de edificar un mundo en plenitud. Pero ¿qué se entiende por tal a la altura del ser humano?

El mundo del hombre—ser nacido para soportar las altas presiones de la vida en comunidad—sólo surge como tal cuando se establece entre los hombres la tensión específica del amor, la luz de la verdad y la emoción transfiguradora de la belleza. El arquitecto que consagra su talento a la creación de ambientes bellos, a la par que funcionalmente útiles, debe reconocer que su labor queda en agraz y peligrosamente escorada si no cultiva en medida proporcional las virtudes que ponen al hombre en verdad y lo hacen florecer al prodigio siempre nuevo del amor.

Si con razón se habla hoy insistentemente de la necesidad de dar a los jóvenes una formación integral, mucho más urge subrayar la obligación de cumplir con el deber profesional de edificar un mundo integralmente humano. Una de las paradojas más irritantes de la vieja Europa es justamente el desequilibrio que en ella se dió durante siglos entre el cultivo exaltado de la belleza y el menosprecio glacial de la verdad y el amor. Pero este desequilibrio convierte a la misma belleza—unilateralmente cultivada—en un producto ex-céntrico y arbitrario, pues lo auténticamente bello no es sino fruto del recto *ordo rerum*, de la gravitación mutua (amor) de las cosas que se hallan en perfecto orden (verdad). De ahí que el hombre actual—consciente como, tal vez, pocos en la Historia de las implicaciones comunitarias de la vida humana—le resulte tan penosa la lectura de la Historia del Arte, edificada con gloria fulgurante, en muchos casos, sobre los derechos inalienables de una sociedad maltratada. Cuando recordamos, por ejemplo, la temprana muerte de dos genios de la composición musical como Mozart y Schubert, expoliados por la codicia de los poderosos, tan afanosos degustadores de productos artísticos como parcos retribuidores del esfuerzo de los artistas, no podemos sino lamentar esta temible capacidad que tiene el hombre de escindir violentamente aspectos de la vida humana que se reclaman entre sí. Se dice de un dirigente nacionalsocialista alemán que podía firmar un decreto de exterminio masivo y a continuación derramar copiosas lágrimas en la audición de un andante mozartiano. Esta anécdota, vista en todo su alcance sintomático, nos pone en la pista de gran parte de los secretos de la historia occidental, tan llena de glorias y miserias, tan exaltada por el éxito exterior como acorralada por la interna corrupción. El que conozca de cerca la Viena cortesana, luminosa, brillante hasta lo espectacular, con su cinturón proletario en torno a la industria balbuciente decimonónica, tendrá un punto sólido de referencia para comprender que lo anteriormente dicho está basado en la bochornosa experiencia de un pasado rigurosamente histórico.

Cuando se trata de explicar un tema deontológico, es fácil echar el paño al púlpito y hacer vibrar ante el lector un puñado de ideas moralizantes. Mi intento en este trabajo consiste, más bien, en tomar las aguas lo suficientemente arriba para que todo arquitecto consciente se haga cargo de su tremenda responsabilidad, afin a su reconocida dignidad social.

Que un fraude en materia económica o profesional es algo bochornoso, indigno y gravemente contrario a la justicia es perfectamente obvio y no necesita ser recordado a quien posea un sano y elemental juicio. Que con un fallo técnico—imputable muchas veces a una injustificable ignorancia del arquitecto—se pueden ocasionar daños irreparables al prójimo y lesionar de modo grave el prestigio de una colectividad es una idea lamentablemente puesta al descubierto por la experiencia cotidiana. Pero el hecho de que con actos de esta especie se instaura un clima adverso a la verdad y al amor, haciendo imposible la fundación de un entramado comunitario rigurosamente humano, pertenece a un plano de pensamiento un tanto más sutil que requiere un grado mayor de atención.

Todo profesional se debe a la sociedad, y está obligado a consagrar sus mejores energías a su servicio. Esta sociedad recibe su fuerza cohesiva de la energía siempre renovada del amor, la verdad y la belleza. Mantener eternamente abiertas estas fuentes de vida humana auténtica es la noble tarea de todo hombre entregado a un quehacer profesional. Ejercer una profesión por mera ansia de lucro o por afán unilateral de incrementar el acerbo artístico humano es lanzar la cultura humana por vías de peligro parcialidad que no puede florecer sino en frutos espúreos.

Todo profesional es, ante todo, un hombre, y el hombre lleva consigo exigencias primordiales de integralidad. La parcialidad sistemáticamente fomentada es un ataque frontal a la dignidad del hombre. La glorificación del profesional como profesional a expensas de su carácter pleno de hombre constituye un atentado contra la verdadera escala de valores.

Esperemos que el hombre de la segunda mitad del siglo XX, aleccionado por las amargas experiencias de los últimos lustros, sepa ver en la fidelidad a las exigencias sagradas de la existencia el principio eterno de la auténtica sabiduría. En éste debe apoyarse toda deontología profesional que quiera ser algo más que un tratado de casuística.

EL DEBER PROFESIONAL A LA LUZ DEL CONCILIO

Para católicos y no católicos, para creyentes e incrédulos, el Concilio Vaticano II significa un acontecimiento cultural que no puede ser pasado por alto si se obra con sinceridad y honradez. Respecto al tema que nos ocupa en este trabajo, publicó este Concilio un texto de la mayor importancia que todo profesional debiera meditar detenidamente. Me refiero a la "Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual". En ella se exponen ideas y criterios firmes que pueden servir de norte a la desorientada generación contemporánea que entiende a menudo la renovación como desarraigo.

En el día de la clausura del Concilio, los padres conciliares enviaron un mensaje a la Humanidad que sobrecoge, entre otras razones no leves, por la clara conciencia que posee de la responsabilidad altísima de todo el que tiene en el mundo una cualificación. Juzgo del mayor interés reproducir aquí algunos párrafos significativos.

A los intelectuales se les dice:

"... No lo olvidéis: si pensar es una gran cosa, pensar es ante todo un deber; desgraciado de aquel que cierra voluntariamente los ojos a la luz. Pensar es también una responsabilidad."

"Nunca quizá, gracias a Dios, ha parecido tan clara como hoy la posibilidad de un profundo acuerdo entre la verdadera ciencia y la verdadera fe, una y otra al servicio de la única verdad. No im-

pidáis este preciado encuentro. Tened confianza en la fe, esa gran amiga de la inteligencia. Alumbrados en su luz para descubrir la verdad, toda la verdad."

A los artistas:

"No permitáis que se rompa una fecunda alianza entre todos. No rehuséis poner vuestro talento al servicio de la verdad divina."

"Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone la alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración. Y todo ello por vuestras manos..."

"Que estas manos sean puras y desinteresadas. Recordad que sois los guardianes de la belleza en el mundo; que esto baste para libertaros de placeres efímeros y sin verdadero valor, para libraros de la búsqueda de expresiones extrañas o desagradables."

A los trabajadores:

"La Iglesia busca siempre el modo de comprenderos mejor. Pero vosotros debéis tratar de comprender, a vuestra vez, lo que es la Iglesia para vosotros los trabajadores, que sois los principales artífices de las prodigiosas transformaciones que el mundo conoce hoy, pues bien sabéis que, si no las anima un potente soplo espiritual, harán la desgracia de la humanidad en lugar de hacer su felicidad. No es el odio lo que salva al mundo, no es sólo el pan de la tierra lo que puede saciar el hambre del hombre."

el hombre, ser indigente

Nota bibliográfica

Los españoles estamos muy bien dotados para dar al mundo un tipo de humanista agudo, equilibrado, sugerente, abierto a todos los caminos de la vida con espíritu inquieto y a la vez indeciblemente sereno. Desde hace años viene revelando estas dotes a través de un buen puñado de libros y multitud de conferencias un catedrático de Medicina, antiguo rector de la Universidad de Madrid: Pedro Laín Entralgo.

De ahí mi honda satisfacción al tener en mis manos las primicias de una obra recentísima editada por Ediciones Guadarrama—con su pulcritud y buen hacer habituales—acerca del pensamiento antropológico de Laín. Como es sabido, los libros dan cuerpo a los temas que abordan, y—a poco logrados

que estén—confieren relieve y densidad a la figura de los autores estudiados.

Bajo el título "El hombre, ser indigente", Pedro Soler Puigoriol estudia el pensamiento de Laín sobre el hombre en cinco apartados: El hombre como necesitado en su cuerpo, como deudor del pasado, como proyectado al futuro, como abierto a los demás y como religado con Dios. En estos capítulos hacen su aparición una serie de conceptos del más alto interés para el que aspire a formarse una concepción sólida del mundo y de la existencia. El dolor, la enfermedad y su sentido, el decurso temporal y su papel constructivo en la vida humana, la angustia, la espera y la esperanza, la apertura a los demás como momento esencial de la constitución del ser humano personal, la comunica-

ción y la profundidad del silencio, la religación del hombre a Dios, etc., son temas que hallan en las obras de Laín muy hondo tratamiento.

Laín concibe la vida como una empresa, tan excelsa como erizada de peligros, y ve al hombre tenso entre el pasado y el porvenir en una franja de presente tan densa y robusta como amplia es su capacidad de dominar el tiempo.

Este nuevo libro de Guadarrama constituye un buen hilo conductor para adentrarse en la obra numerosa y fecunda de Pedro Laín Entralgo. En ésta hallará todo profesional medianamente formado multitud de observaciones y profundos análisis acerca de temas que afectan muy de cerca al sentido del quehacer humano.

RECTIFICACION

En el número 94 de nuestra Revista, correspondiente al mes de octubre de 1966, aparece publicado, en las páginas 33 a 42, ambas inclusive, un trabajo sobre "La forma esencial de las Iglesias" firmado por Ferenc Z. Lantos. En ese trabajo aparecen una serie de figuras respecto de las cuales se ha producido un doble error que, a petición del arquitecto Rafael de la Joya Castro, rectificamos para conocimiento de todos.

En las figuras núms. 19, 20 y 21—"Exterior de una iglesia"—; en las figuras núms. 22 y 23—"Centro espiritual de un pequeño pueblo"—; y en la figura núm. 24—"Centro cultural en un pueblo tipo"—aparece al lado de la descripción indicada: "Arquitecto F. Lantos." No es así, porque todas ellas pertenecen y han sido realizadas en el estudio del arquitecto Rafael de la Joya Castro.

Asimismo en la figura núm. 25—"Interior de una iglesia, realizada en Aguinaga"—, se dice: "Por los arquitectos R. de la Joya y F. Lantos." No es así, toda vez que el único realizador es el arquitecto Rafael de la Joya.